

Capítulo 1

Otra vez aquel maldito sueño.

Casi instintivamente me llevé las manos a la garganta, me costaba respirar. Era cada vez más detallado. Parecía tan real que empezaba a creer que tal vez estuviese volviéndome loca.

Con manos temblorosas aparté el edredón, me calcé las zapatillas y busqué la bata a tientas. La habitación estaba totalmente sumida en la oscuridad. Salí del dormitorio y continué a oscuras por el estrecho pasillo que conducía al baño.

Completamente cegada por la luz que había sobre el espejo, abrí el grifo del lavabo y me mojé la cara con el agua bien fría. Aquel frío me llevó de nuevo a la pesadilla que me acosaba día tras día. Me miré en el espejo mientras el agua corría por la pila del lavabo hasta desaparecer por el desagüe. Tenía la cara roja debido al esfuerzo, y las pupilas tan dilatadas por el miedo y la adrenalina liberada que prácticamente no se apreciaba el color gris de mis ojos. Aquella lucha por la supervivencia a la que me veía sometida prácticamente cada noche estaba empezando a desquiciarme.

—¿Otra pesadilla?

Sobresaltada miré a mi amiga a través del espejo, la cual permanecía apoyada en el marco de la puerta.

—La pesadilla. Siempre es la misma, Judit —respondí.

—Necesitas hablar de esto con alguien, y lo sabes.

—Ya lo estoy haciendo. —Me volví para encararla.

—Vale, pues hablemos, Amy. Cuéntamelo, deja que te ayude.

Bajé la mirada sintiéndome de repente agotada.

—No quería despertarte. Será mejor que te acuestes, todavía es de noche —dije a la vez que me encaminaba hacia mi habitación antes de darle siquiera tiempo a replicar.

Aquello era lo último que necesitaba. Sabía que ella tenía razón, como siempre, pero prefería continuar manteniendo encerradas bajo llave mis emociones algo más de tiempo porque en el momento que empezara ya no habría vuelta atrás.

Sentada en una hamaca de la terraza del piso de Judit, con una buena taza de té entre las manos y tapada hasta las orejas con una manta, pensaba en lo que había cambiado mi vida en tan solo unas pocas semanas. El sol acariciaba mi rostro mientras soplaba el contenido hirviendo de la taza. Aquello, junto con la hamaca y la manta, formaban parte de mi ritual matutino antes de internarme en el barullo de la ciudad y ponerme a trabajar como lo hacían la mayoría de los mortales.

El sonido de las pisadas de unos tacones se fue haciendo más intenso hasta que paró en algún punto muy cerca de donde me encontraba sentada. Abrí los ojos y vi unos zapatos Vuitton con unos tacones de vértigo, seguido de unas larguísimas piernas enfundadas en un pantalón de pitillo y un jersey rosa bastante escotado. Judit estaba plantada con los brazos en jarras delante de mí. Sus ojos verdes me escrutaban fijamente diciendo con la mirada lo que no expresaba con palabras.

—¿Sabes? Intento pensar —seguía sin apetecerme hablar de nada que tuviera que ver conmigo, así que opté por desviar el asunto—: ¿No te molesta tanto ruido?

La cara de Judit era todo un cuadro. Intenté contener la risa mientras veía cómo su expresión cambiaba de la indignación a la más absoluta irritación. Aquel piso era una maravilla en pleno Paseo de Gracia de Barcelona. Cualquiera persona en su sano juicio estaría más que feliz de levantarse cada mañana y poder contemplar desde la acogedora terraza la impresionante Pedrera de Gaudí.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —dijo al fin.

Una risotada fue lo único que obtuvo por respuesta.

—Se supone que tienes que hacer que tus pacientes se sientan cómodos para que suelten la lengua durante la sesión —señalé divertida a la vez que hacía un gesto para referirme a su indumentaria, cambiando nuevamente de tema y probando la táctica del despiste número dos.

—¿Qué hay de malo en mi atuendo? —Una sonrisa triunfal se apoderó de mi rostro, había sido tan fácil desviar su atención como quitarle un caramelo a un niño—. Hoy voy bastante normalita —respondió guiñándome el ojo.

Reí al tiempo que asentía con la cabeza completamente de acuerdo. Era una esclava de la moda, compraba por deporte, y cuando se aburría de comprarse ropa a sí misma me obligaba a hacerlo a mí.

Judit era mi amiga de la infancia, de esas que rara vez se conservan durante tantos años. Habíamos ido juntas a la misma escuela, nuestros padres eran íntimos amigos y además, vivíamos bastante cerca la una de la otra. Todo eso junto con el hecho de que ambas éramos hijas únicas había propiciado que nuestra amistad fuera mucho más que eso; podría decirse que era como la hermana que nunca había tenido. Éramos como la noche y el día en lo que a caracteres y gustos se refería, pero puede que fuera precisamente aquel el motivo de que nos complementáramos tan bien.

—Escucha, tenemos que hablar.

—No vamos a darle más vueltas a lo de anoche, ¿vale? Es una pesadilla y punto. Agradezco que te preocupes por mí, pero no soy uno de tus pacientes y no quiero hablar. Asunto zanjado.

—Mira, ahora mismo me voy a la clínica. Pero luego vamos a hablar y no solo de tus sueños. —Se estiró cuan larga que era hacia delante como una madre haría con una hija desobediente—. Más te vale que vuelvas derecha a casa cuando salgas de trabajar. ¿Te ha quedado claro? —Su dedo se iba moviendo de un lado a otro frente a mi cara hasta que finalmente se quedó parado delante de mis narices de forma amenazadora.

Dicho esto se dio media vuelta y tras unos buenos días cogió su enorme bolso de piel marrón y se marchó dando un portazo, dejándome allí plantada y con la palabra en la boca.

El día no siguió mucho mejor de lo que había empezado. Odiaba los martes, eran todavía demasiado lejanos al fin de semana.

Tras la discusión con Judit me dirigí al colegio donde daba clases. Me había licenciado en Bellas Artes hacía unos años y posteriormente había añadido la licenciatura de Historia del Arte a mi currículum. Dibujar era mi gran pasión desde el momento en que cogí un lápiz por primera vez. Pasarme las horas pintando o deleitándome con las maravillosas creaciones de otros era lo que mejor sabía hacer. Hasta hacía unos meses toda mi aspiración había sido precisamente esa: trabajar en grandes galerías, codearme con artistas e introducir mi obra en el mundillo. Y lo cierto era que no me había ido mal del todo; hasta ahora. Llevaba algunos años trabajando en una galería de arte, la cual prácticamente llevaba sola, pues sus dueños, un matrimonio parisino bastante excéntrico, tenían diversos negocios relacionados con el arte diseminados por Europa y viajaban constantemente. Después de ver durante un tiempo cómo trabajaba me habían dejado al cargo. También habían expuesto algunas de mis

creaciones para vender en las diversas galerías, con bastante éxito; pero unos meses atrás, Dominique me había dado la terrible noticia de que cerraban la galería de Barcelona porque el negocio del arte en España no estaba yendo todo lo bien que esperaban. La gran crisis económica también había dañado mucho el sector y no pensaban mantener un negocio que no generaba más que pérdidas. Me habían ofrecido el mismo trabajo en la galería de París, pero había rehusado porque simplemente no podía vivir tan lejos de mi padre.

Al poco tiempo había conseguido trabajo de profesora de dibujo en un colegio concertado sustituyendo a un profesor que estaba de baja por accidente. Dar clases a adolescentes no era lo mismo que ser gerente de una galería de arte, pero no estaba del todo mal. Era interesante, nunca me había planteado trabajar en educación y para mi sorpresa me gustaba bastante.

Hasta aquel maldito día.

Últimamente mi vida iba de mal en peor.

—Amy, querida, antes de marcharte pasa por mi despacho, tenemos que hablar.

Eso había sido a la hora del recreo. La directora era una mujer muy amable, entre los cien y los mil años, pero hasta ahora nunca había ido a su despacho, tan solo cuando hice la entrevista de trabajo, de eso hacía ya cinco meses.

En cuanto acabé las clases y me deshice de los cuatro chavales que me bombardeaban a preguntas sobre cómo sería el examen, me dirigí recelosa al despacho de la directora.

—Cierra la puerta y siéntate —me ordenó con una voz dulce, pero autoritaria.

Me senté en una de las dos mullidas sillas con brazos que había frente a su mesa. Marta, que así se llamaba, me miraba con una sonrisa en los labios de esas que no llegan a los ojos. Tenía las manos entrelazadas sobre la ordenada mesa. Rápidamente sentí cómo mis manos comenzaban a sudar, aquello no pintaba bien.

—Amy, estamos muy contentos contigo. No soy muy favorable a la contratación de profesores jóvenes e inexpertos como tú en nuestra institución, pero tu currículum me gustó ciertamente. Pensé que sería bueno para los chavales y efectivamente, están encantados contigo.

Definitivamente pintaba fatal. Seguro que no me había llamado para contarme lo contenta que estaba conmigo.

—Yo también estoy muy a gusto trabajando aquí —dije por educación.

—Lamentablemente tengo que comunicarte que al profesor al que estás sustituyendo le han dado el alta médica. Se incorpora la semana que viene.

Me quedé totalmente descolocada, al entrar en la escuela me habían comentado que la sustitución iba a ser bastante larga, desconocía el motivo exacto de la baja, pero lo que sí sabía era que no le esperaban para aquel curso. Incluso me habían llegado a comentar que tal vez la alargara y juntara con la jubilación. ¿Por qué este cambio de planes justo ahora?

Abrí y cerré la boca boqueando como un pez en un intento de decir algo inteligente, pero no se me ocurrió nada. Decir que me alegraba porque el inoportuno profesor estuviera bien como para coger el alta médica sería una mentira muy descarada. Que no pasaba nada, cuando me estaba aferrando a aquel trabajo como si se tratara de mi único salvavidas dentro del mar tormentoso que era mi desastrosa existencia que, para más inri, estaba totalmente patas arriba, sería igual o peor que la primera mentira.

—De verdad que lo siento, Amy. En cuanto tengamos otra vacante vamos a pensar en ti, te lo prometo.

—Yo también lo siento, Marta —respondí al fin—. Nada me gustaría más que seguir trabajando con vosotros.

Tras despedirme de la anciana mujer, salí del despacho con toda la dignidad que pude reunir y me precipité a la salida del colegio.

Tres días más y pasaría a formar parte del conjunto de cientos de desempleados del maldito país. Definitivamente mi vida estaba arruinada.

Capítulo 2

—Creo que me han echado un mal de ojo.

Entré por la puerta del piso de Judit como una tromba de aire dando un portazo al cerrarla. Tiré el bolso en el sillón así como las llaves y la carpeta que llevaba de cualquier manera. Judit estaba de pie apoyada en la isla de la cocina con una infusión entre las manos cuando se vio interrumpida de aquella forma.

Caminé de arriba para abajo pasándome las manos por el cabello repetidas veces sin saber por dónde empezar hasta que finalmente la miré indignada.

—¿Es que no me piensas preguntar?

Judit tuvo el descaro de sonreír. Me obligó a sentarme en el sofá antes de regresar a la cocina para volver con una infusión de hierbas entre las manos. Tal vez pensara que con una tila iba a solucionar mis problemas. La acepté de buen grado mientras trataba de tranquilizarme.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Judit mientras se sentaba a mi lado.

—Mejor di: ¿y ahora qué te ha pasado? Voy de mal en peor, Judit. Simplemente estoy tocando fondo.

Mi mirada se perdió en las profundidades del líquido ambarino de la taza como si allí mismo pudiese encontrar alguna respuesta. Lo cierto era que algunos de mis problemas no tenían solución, nadie podría devolverme jamás lo que había perdido hacía tan solo unas semanas.

—¿Me lo vas a contar? —dijo Judit amablemente al tiempo que posaba una mano sobre mi rodilla.

Aquello me puso furiosa. Sabía que no tenía motivos para descargar mis frustraciones con ella, pero su poca empatía accionó el pistón para sacarme de mis casillas.

—No te hagas la psicóloga conmigo —le espeté—. Te lo cuento porque eres mi amiga y tengo que desahogarme, pero deja esos aires de loquera para tus pacientes.

Dejé la taza en la mesa y me levanté para pasearme nuevamente de un lado a otro del amplio salón.

—Me han echado del colegio. —Bien, había soltado la bomba, aunque no por ello me sentía mejor—. Parece que el maldito profesor al que estaba sustituyendo decidió coger el alta y se incorpora el lunes, de modo que me han puesto de patitas en la calle. Así sin más. —Dicho en voz alta me sonó como si se tratara de un complot para fastidiarme. Como si algo o alguien se hubiera propuesto apartarme de todo lo que realmente me importaba—. Debería ir y atropellarle con el coche, así se quedaría otra buena temporada en su casa. Sí, eso es lo que debería hacer, así se lo pensará dos veces la próxima vez que quiera joderme. ¿Cómo puede haber gente tan egoísta? ¿Sabes lo que va a costarme encontrar otro trabajo?

Judit me miraba con la boca abierta y los ojos desorbitados.

—Pero ¿tú estás bien de la cabeza?

—Pues no sé, dímelo tú. Se supone que eres la profesional —respondí tras parar en seco en medio del salón—. Realmente espero que no les hagas esa pregunta a tus pacientes.

Judit desencajó aún más la mandíbula. Casi podía ver reflejado en sus ojos lo que estaba pensando. Era probable que estuviera planteándose seriamente pasarme consulta, y también era probable que me fuera estupendamente, pero de momento no entraba en mis planes. No me apetecía desnudarme de ese modo ante nadie, al menos por el momento.

Por otro lado, yo siempre era así, ya debería estar acostumbrada. Lo peor de todo es que era consciente, pero no podía hacer nada por evitarlo. Una terapia no cambiaría mi forma de ser, ¿o sí?

—Siéntate —ordenó mi amiga. Abrí la boca para decir algo pero Judit añadió de forma tajante—: Ahora. —Accedí como la niña obediente que nunca había sido y me senté nuevamente en el sofá frente a mi exigente amiga.

—Mira Amy, siento lo de tu trabajo, pero creo que en estos momentos no es el mayor de tus problemas. Sé que te aferrabas a él como a un clavo ardiendo, pero teniendo en cuenta que no necesitas trabajar tampoco es tan grave.

—¿Y eso me lo dices tú que trabajas tratando a ricos que no saben qué ponerse o dónde invertir sus acciones, y que por eso piden tu ayuda? Tú tampoco necesitas trabajar si de cuestión de dinero estamos hablando.

—No me refería a eso, claro que necesitas trabajar. Quiero decir que ese trabajo no es imprescindible en tu vida. Lo tuyo es el arte, podrías dedicarte a pintar exclusivamente. Ese jefe tuyo, Dominique, ha vendido un par de cuadros tuyos en pocos meses. Amy, si quisieras podrías montar tu propia galería. Lo que pasa es que te estás aferrando a ello porque no quieres ocuparte de tus otros asuntos.

La miré con impotencia porque sabía que tenía razón. Siempre tenía razón. Era más cómodo seguir con la rutina que tener que pensar en el paso que debía de dar a continuación, pero poner del derecho mi vida iba a ser sumamente complicado.

—Tienes que hacer frente a la muerte de tu padre. Llorarle, echarle de menos y todo eso. Y pasar página. No vas a olvidarle Amy, pero tienes que seguir adelante. Es un proceso muy doloroso, pero si no sigues adelante con tu vida lo echarás todo a perder. Esos sueños que tienes no son más que el producto de ese malestar que te reconcome por dentro.

—Y una mierda —repliqué sintiéndome cada vez más perdida de lo que ya estaba—. Te crees que lo sabes todo, pero no es así. Tienes razón en lo de mi padre, murió hace un mes y todavía no he asimilado que no está. No he pasado por la primera fase del duelo, ¿es eso no? Simplemente dejé nuestro hogar y me vine contigo como si estuviera de vacaciones y él me esperara en casa. —Me quemaba la garganta y la visión de mi amiga empezó a tornarse un tanto borrosa—, pero no me digas que lo que sueño es porque no estoy bien porque yo sé que no es así.

Me levanté y dirigí mis pasos a la terraza, la cual se encontraba justo enfrente del salón. Me quedé allí plantada observando la majestuosidad de la Pedrera. Era bonito verla a esas horas toda iluminada con luces de colores. El frío de la tarde inundó mis pulmones adentrándose así en el resto de mi organismo. Poco a poco fui recobrando la calma y, por qué no decirlo, el sentido común. Regresé sobre mis pasos al salón donde había dejado a una Judit bastante preocupada y enfadada, dicho sea de paso. Me arrodillé junto al sofá y la abracé.

—Lo siento. —Me sentía fatal por haberle hablado de aquella manera, ella únicamente había estado tratando de ayudarme—. Sabes que te quiero, eres lo único que me queda. Me enfado porque tienes razón.

—Lo sé —respondió al tiempo que me devolvía el abrazo—. Que tengo razón, quiero decir. —Nuestras miradas se buscaron antes de estallar entre risas.

—Reconozco que a veces puedo resultar algo difícil, pero tú eres una prepotente. Mira, llamaré a Daniel y solucionaré lo del testamento. Es hora de empezar a ordenar mi vida.

—¡Esa es mi chica! —exclamó feliz de poder haber sacado algo en claro de todo aquello.

A la mañana siguiente llamé al socio de mi padre para reunirnos cuanto antes. Daniel además de ser su socio era su mejor amigo. Había arreglado todo el papeleo de la herencia para mí y había esperado a que estuviera preparada para explicarme cómo quedaba todo el asunto. Quedamos en vernos aquella misma tarde en el bufete. Judit me acompañaría, había sido inflexible en cuanto a eso.

Respiré profundamente antes de entrar en el gran edificio de oficinas donde estaba el bufete del cual mi padre era el socio mayoritario. Armand Ribes i associats decía un elegante rótulo. Se trataba de un gran bufete de abogados en la mejor zona de Barcelona: Pedralbes. Los clientes eran gente de mucho dinero. Mi padre se había dedicado en cuerpo y alma a levantar la empresa, se había asociado con muy buenos abogados, y habían conseguido una amplia cartera de clientes de lujo. Tras veinticinco años de vida de dedicación casi exclusiva había conseguido montar un imperio con sus socios, un nivel de vida de lujo y todo lo necesario para que no me faltara de nada, aunque yo tan solo deseaba un padre y una madre al regresar de la escuela, pero aquello era otra cuestión.

Mientras subíamos por el ascensor a la última planta pensaba en la de veces que había ido a buscar a mi padre para comer juntos, algo que ya nunca volvería a hacer. Decidí que sería mejor no continuar con aquella línea de pensamientos, era contraproducente.

—¿Estás bien?

Miré a mi amiga del alma y la cogí de la mano afirmando con la cabeza. Judit me inspeccionó de arriba a abajo, como hacía siempre, una manía que tenía desde que éramos prácticamente unas niñas. Se aseguró de que mi vestido estuviera en perfecto estado, me arregló el pelo, pellizcó mis mejillas y me dedicó una mirada aprobadora. Aquello me arrancó una sonrisilla que supuse que era justo lo que pretendía.

Daniel nos hizo pasar a su despacho y nos invitó a sentarnos en las dos sillas que había delante de su mesa. Tras las presentaciones de Daniel y Judit, este ocupó su silla tras la gran mesa de madera.

—Me alegro que decidieras venir. Es un tema que no podía esperar mucho más tiempo. He retenido cierto papeleo todo lo que he podido y, como sabes, lo más urgente te fue enviado para que firmaras. De lo demás ya me he hecho cargo.

Sacó una carpeta marrón de uno de los cajones de la mesa. Se colocó las gafas y procedió a sacar toda la documentación referente a la herencia de mi padre.

—Tu padre había hecho los deberes —explicó mirándome desde sus gafas metálicas—, lo había dejado todo en orden. El problema es que al haber sido todo tan repentino he tenido que hacer un poco de trabajo de campo recopilando la documentación de su patrimonio.

Asentí pesarosa. Claro que lo había dejado todo en orden, era muy meticuloso y bastante previsor, pero ¿cómo iba a prever que una noche cualquiera, volviendo de una cena con un cliente, iba a sufrir un aparatoso accidente de tráfico que le quitaría la vida?

—Aparte de vuestra casa de Sarrià y la mitad de las acciones de esta empresa, lo cual ya te daría para vivir el resto de tu vida sin apuros, tu padre tenía unas cuantas propiedades, las cuales pasan todas a ser tuyas, por supuesto.

Asentí de nuevo. Mi padre había adquirido a lo largo de su vida un par de casas, para evadirse del estrés de su trabajo y el barullo de la ciudad.

—Una casa en Baqueira, una en Ibiza y otra en Llo. De esta última no tenía ni idea.

—¿En Llo? —pregunté sorprendida—. No tenía ni idea yo tampoco, puede que la comprara recientemente.

Daniel negaba con la cabeza mientras buscaba la escritura de la propiedad.

—Verás, esa casa fue adquirida en 1983 —dijo señalando con el dedo algún punto de la escritura.

Pestañeeé repetidas veces sin saber qué pensar. Judit me miró con el mismo gesto de asombro que debía de tener yo misma pintado en el rostro.

—Eso fue un año antes de que yo naciera —añadí pensativa.

Judit carraspeó.

—A riesgo de parecer una ignorante —intervino Judit por primera vez—. ¿Dónde demonios está eso?

—En la Cerdaña francesa —respondió Daniel con una sonrisa en los labios.

—Ah, pues ya lo tienes —dijo volviéndose hacia mí—. A tu padre le encantaba esquiar. Se compró la casa por esa razón. Luego cuando se compró la de Baqueira, que menudo chalet por cierto, ¿para qué iba querer subir a la Cerdaña francesa?

Asentí pensativa para nada convencida.

—En cuanto al bufete —continuó Daniel—, ser dueña de la mitad de la empresa aporta buenas ventajas económicas, pero también serios inconvenientes. Tu padre se dejó la piel en este negocio y una dedicación al cien por cien. Teniendo en cuenta que él te alejó premeditadamente de este negocio, permitiendo que estudiaras lo que quisieras y eligieras tu propio camino, yo te recomendaría que vendieras. Él no quería esto para ti, si no hubiera insistido en que continuaras su legado.

De sobras sabía lo que opinaba mi padre al respecto. Él era feliz con su trabajo, pero prácticamente no tenía vida privada. Siempre decía que lo único que podía hacerte verdaderamente bueno en algo era el hecho de que disfrutaras haciéndolo. Por eso había insistido en que me dedicara a lo que realmente se me daba bien, que era pintar. Quería que fuera feliz haciendo lo que me gustaba, pues como decía, era lo más importante.

Lo cierto es que era un padre fuera de serie, totalmente diferente al de mis compañeros de colegio e instituto. El mundo en el que me había criado no tenía nada que ver con los valores que él me había inculcado. Me había llevado a las mejores escuelas de Barcelona donde la ambición y la competitividad eran un credo. Siempre sintiéndome un bicho raro por mi manera de ser y pensar. Pese a que formábamos parte de aquella élite, nada teníamos que ver con ellos. Se encargó de proveerme de todo lo mejor, pero nunca permitió que me convirtiera en una déspota malcriada. Cabía decir que no todo había sido frívolo, había conocido a gente maravillosa como mi amiga Judit y su familia, así como la de Daniel.

—Tienes toda la razón —respondí obligándome a regresar al tema que nos ocupaba—. Además, aunque quisiera no podría hacerme cargo. Aparte de cambiar la decoración tan odiosamente sería de los despachos y colgar mis cuadros en ellos por si surge algún comprador de entre los clientes, no sabría qué más hacer.

Daniel rió.

—Yo me hago cargo de eso, no te preocupes. Alguna vez lo habíamos hablado Armand y yo. Voy a sacar el máximo beneficio posible para ti. Todo esto es tuyo ahora, Amy —anunció el abogado mientras introducía todos los papeles en la carpeta y me la entregaba— Tendrás que echarme unas cuantas firmas aquí —añadió acercándose una serie de documentos—, y ya estará hecho.

Firmé donde me pedía. Luego guardó los documentos que eran para mí en la carpeta y me levanté dando por finalizado el maldito trámite.

—Daniel, te lo agradezco de veras. No sé qué hubiera hecho sin ti, ni siquiera habría sabido por dónde empezar.

Daniel se levantó, del mismo modo que hizo Judit.

—No tienes que agradecermelo —dijo poniendo su mano sobre mi espalda—, tu padre era mi amigo, puedes contar conmigo para lo que sea. Lo sabes, ¿verdad? —Asentí a modo de respuesta—. No te recomiendo que vendas ninguna de las propiedades ahora mismo, no es buen momento. En cuanto al bufete no te preocupes por nada, tendrás noticias mías.

Agradecí de nuevo su gran ayuda y cuando estábamos a punto de salir por la puerta añadió:

—Una cosa más.

Tanto Judit como yo paramos en seco. Volví el rostro hacia el hombre que había sido el mejor amigo de mi padre que preguntó:

—¿Has hablado con Marc? Está muy preocupado por ti, dice que no contestas sus llamadas.

Durante unos segundos me quedé allí plantada sin saber qué responder a aquella simple pregunta. ¿Sabía realmente la respuesta?

—Eh... —balbucí—. Bueno... la verdad, he tenido unas semanas un tanto complicadas.

—Lo sé, y lo entiendo, pero habla con él. Deja que cuidemos de ti, pequeña.

Asentí con la cabeza sin saber qué contestar a eso y salí por la puerta seguida de una Judit totalmente desconcertada.

—¿A qué ha venido eso? —me increpó—, dijiste que estaba todo bien con Marc. ¿Y ahora me entero de que ni le coges el teléfono?, ¿desde cuándo?

—No lo sé, ¿vale? Simplemente no estoy de humor para un romance.

—¿Me mentiste? —La cara de Judit adquirió ciertos tonos púrpuras alrededor de las mejillas—. Tienes a un chico guapo, inteligente, encantador y con un futuro prometedor que se preocupa por ti, ¡qué digo!, que bebe los vientos por ti, ¿y tú no estás de humor? ¿Y encima me mientes?

Levanté la mano con la palma hacia mi amiga y añadí con cierto sarcasmo:

—Culpable.

Entré en el ascensor seguida de mi indignada amiga que me miraba con los ojos encendidos.

En el momento que la puerta del ascensor se abrió, nuestro objeto de discusión se materializó ante nosotras ocupando todo el espacio con sus anchos hombros. Marc nos miró sorprendido, lo último que había esperado aquella tarde había sido verme por el bufete. Lo mismo que yo.

—Hola Marc —saludó Judit dándole un par de besos en las mejillas al tiempo que salía del ascensor a toda prisa—. Amy, nos vemos en casa esta noche, ya sabes, he quedado para cenar con mis padres. Qué casualidad Marc, acabamos de pasar por tu despacho, Amy quería quedar contigo para hablar y eso. ¿No es genial? —añadió con una sonrisa maliciosa que solo yo pude apreciar. Abrí los ojos estupefacta mientras veía cómo salía del edificio de forma apresurada y se perdía entre la multitud de transeúntes que caminaban por la calle.

Capítulo 3

—No lo dice en serio, ¿verdad? No has venido hasta aquí para hablar conmigo, sobre todo si tenemos en cuenta que hace más de dos semanas que no me coges el teléfono.

Pestañee varias veces de forma nerviosa sin saber qué responder antes de salir del ascensor lentamente. Ni siquiera había pensado en la posibilidad de encontrarme casualmente allí con él, lo cual debería haber tenido en cuenta porque precisamente aquel era su lugar de trabajo.

—Pues... lo cierto es que tienes razón. Vine a ver a tu padre por lo de mi herencia y todo eso —anuncié al tiempo que hacía un gesto con la mano para restarle importancia—. Hemos pasado por tu despacho para saludarte pero no estabas. —No atragantarme con mi propia mentira fue toda una hazaña, odiaba hacerlo. Cierto es que a veces omitía información a mi amiga Judit, pero no era una mentirosa.

—Bien, pues aquí me tienes —me dijo desafiante.

—No me lo vas a poner fácil, ¿me equivoco?

—No recuerdo que tú a mí sí —respondió él—. Entiendo por todo lo que estás pasando, pero no estás siendo franca conmigo, no me merezco esto.

Lo miré sorprendida, era como si lo viera por primera vez. Marc era mi amigo desde hacía muchos años. Podría considerar a su familia como propia. Él había comenzado a trabajar en el bufete cuando acabó sus estudios, como debiera haber hecho yo. Marc siempre había esperado algo más de aquella amistad. Unos pocos meses atrás hizo lo que nunca creí que se atrevería a hacer: se me había declarado. No podía decirse que fuéramos novios, pero lo cierto es que éramos mucho más que amigos. Mi padre había estado encantado con la noticia, el cual había tenido que enterarse por Daniel de que sus hijos estaban saliendo. Marc había sido paciente y amable todo ese tiempo. Nunca me había exigido nada. ¿Qué le pasaba de repente?

—Marc, quizás no sea este el mejor lugar. —Miré alrededor, nos encontrábamos en un sitio de paso. Gente trajeada pasaba de aquí para allá luciendo trajes caros. Al fondo de todo, cerca de la salida, un hombre joven, pelirrojo y extremadamente grande, nos observaba mientras hablaba por teléfono. Era curioso, estaba totalmente fuera de lugar en aquel edificio. No parecía el típico picapleitos, y tampoco un cliente.

—¿Te parece si tomamos un café? —preguntó mirando su reloj—. Tranquila, no te ocuparé mucho tiempo, tengo que volver al trabajo.

No pude más que asentir mientras Marc me cogía del brazo y me dirigía a la cafetería que había enfrente de las oficinas.

Ocupamos una mesa justo al lado de la amplia ventana que daba a la calle. Fue a pedir a la barra mientras yo me sentaba en una silla a un lado del cristal. Desde allí podía observarse el movimiento de la gran ciudad: gente de un lado para otro como rebaños de ovejas y coches pasando a toda velocidad intentando que no les cogiera el semáforo en rojo nuevamente; era agobiante. Siempre había vivido allí, pero últimamente la sensación de ahogo iba en aumento. Puede que necesitara unas vacaciones y alejarme de todo por un tiempo.

—Te he pedido una Coca-Cola con hielo —dijo a la vez que me la colocaba delante. Sabía perfectamente cuales eran mis gustos.

Ocupó la silla que había justo enfrente sin decir palabra, simplemente se centró en mover el café a la espera de que me decidiera a hablar.

—Lo siento —admití finalmente—. No me he portado del todo bien contigo.

Marc levantó la cabeza, toda su atención estaba puesta en mis palabras.

—Ese es un buen comienzo. Sigue —dijo con una sonrisa en los labios.

Sonreí también. Marc me gustaba, de hecho me encantaba estar con él. Era muy divertido y nos compenetrábamos a la perfección, pero desde que habíamos cruzado la línea de la amistad todo había cambiado. No entendía del todo dónde radicaba el problema. Él era el tipo de hombre por el que las mujeres suspiran: cuerpo atlético, rubio, ojos bonitos, elegante, pero no había pasión. No podía decirse que fuera una persona muy experimentada en lo tocante al amor. Había tenido mis relaciones, pero todas habían sido bastante cortas y fácilmente olvidables. Puede que el problema radicara en mí, me gustaba mi vida tal y como estaba, sin complicaciones; o puede que simplemente aún no hubiera dado con la persona con la que realmente me apeteciera complicarme la vida de aquella forma.

Pestañeé un par de veces antes de continuar, escogiendo cuidadosamente las palabras que diría a continuación.

—Verás, he estado muy liada. Mi vida está en estos momentos en el caos más absoluto. No se qué hacer con ella...

—Excusas —me cortó él.

Eché la cabeza hacia atrás al tiempo que levantaba una ceja con incredulidad.

—No tienes ni idea...

—No, claro que no. Porque no me cuentas nada.

«Si esto fuera un debate me estaría machacando», pensé.

—Amy, si no quieres estar conmigo dilo. No quiero que te sientas obligada a nada. Ya sabía antes de tirarme de cabeza a la piscina que no iba a ser fácil, y que no iba a salir de rositas, pero aun así lo hice, corrí el riesgo porque merecía la pena. Yo te quiero. Quiero estar contigo, pero no así. —Puso su mano encima de la mía—. Eres demasiado complicada para mí.

Fruncí el ceño sin comprender lo que me estaba queriendo decir. Todo estaba yendo demasiado rápido.

—¿Me estás dejando? —pregunté desconcertada.

—No —respondió con una sonrisa triste en los labios—, eso te lo dejo a ti.

—¿Entonces?

—Solo señalo el hecho de que yo te quiero y de que tú seguramente no sabes ni lo que sientes por mí. Que tienes miedo al compromiso y que deberías ordenar tus ideas, tu vida o lo que sea porque ya tienes una edad para ir haciendo lo que te dé la gana con quien quieras y cuando quieras.

Abrí los ojos y la boca a la par.

—¿Qué le pasa a mi edad? —inquirí cada vez más confusa.

—Estás a punto de cumplir los treinta. No eres una niña. Es hora de que empieces a cambiar ciertas cosas, ¿no te parece?

Volví a pestañear como cien veces en un segundo sintiendo cómo el calor subía a mis mejillas.

—¿Qué me estás queriendo decir exactamente? Para tu información ni siquiera he cumplido los veintinueve —observé indignada—. ¿Y a ti qué te pasa?, ¿ahora eres un hombre serio y responsable?

Marc sonrió.

—No, pero necesito algo más. ¿Qué clase de relación es esta? Salimos, lo pasamos bien, nos acostamos de vez en cuando y ya, para de contar. Hasta que quieras volver a verme. No me gusta —añadió negando con la cabeza y cambiando de postura en la incómoda silla—. No soy un adolescente.

—¿Y qué es lo que quieres? —pregunté vacilante. Esto estaba yendo por unos derroteros que no me gustaban nada.

—Todo. Lo quiero todo de ti, Amy. Quiero hacer lo que hacen las parejas normales. Quiero saber de ti, verte diariamente, que me hagas partícipe de lo haces. Irnos a vivir juntos, ya sabes.

Nos miramos fijamente como en un duelo de miradas en el que el más fuerte es el que aguanta imperturbable durante más tiempo. Después de lo que me pareció toda una vida la aparté para posarla en la gente que pasaba por la calle. Cómo decirle todo lo que pasaba por mi cabeza en aquel momento sin lastimarle. Imposible darle todo aquello que pedía. Ni siquiera tenía claro que pudiera dárselo a nadie jamás, no de aquella manera. Le quería, pero de otra forma. Era mi amigo, le necesitaba. No podía permitirme perderle a él también.

—No tienes que decidir nada ahora. Tómate tu tiempo.

—No necesito tiempo para saber lo que no puedo darte —musité apesadumbrada. Una gruesa lágrima rodó por mi mejilla.

Él sonrió de nuevo. Una sonrisa que se quedó en sus labios sin llegar al resto de su cara. Su rostro no reflejó contrariedad, ni siquiera decepción.

—Mentiría si dijera que no me lo esperaba —declaró con voz apagada. Miró su carísimo reloj y añadió—: Tengo que irme. Llámame si cambias de opinión. —Tras lo cual, se levantó de la silla y me besó en la mejilla. Un dulce y cálido beso de despedida que me quemó la garganta. Luego se marchó dejándome sola mientras sentía cómo todo a mi alrededor se derrumbaba.

De camino a casa de Judit decidí que, puesto a que iba estar igualmente sola, me pasaría por mi casa. Llevaba posponiéndolo desde el día del accidente. Cuando supe la terrible noticia, cogí una bolsa de viaje, metí algunas pocas cosas y huí a casa de mi amiga; aún no había regresado. No sabía cuánto tiempo seguiría viviendo con Judit, pero lo cierto era que necesitaba coger más cosas. Mi casa estaba ubicada en el barrio

de Sarrià, no muy bien comunicada en cuanto a transporte público se refería, y bastante lejos del ático de mi amiga, en pleno centro. Así que fui a por mi moto, que estaba aparcada cerca de la casa de Judit. No me gustaba depender del metro y el autobús aunque a veces no me quedaba otra que utilizarlo, pero siempre que podía me movía por la ciudad con mi queridísima Vespa negra.

Remonté el Paseo de Gracia hacia la avenida Diagonal. El tráfico a esas horas era bastante denso. Hacía ya un buen rato que había caído la tarde y el frío de febrero se hizo más acuciante con la velocidad de la moto. Veinticinco minutos después, abrí con el mando la puerta de acceso para dejar la moto en el interior.

Era sencillamente una vivienda espectacular, toda líneas modernas. Se llegaba a la puerta principal siguiendo un iluminado camino de piedra. Todo lo demás era césped. Mi padre había sido un gran amante de la naturaleza, motivo por el cual toda la casa estaba rodeada de grandes árboles, plantas y flores de todo tipo. Cogí las llaves del bolso e introduje una de ellas en la cerradura de la puerta blindada. Con un rápido movimiento la abrí y desactivé la alarma. Paré vacilante en el umbral pensando si todavía no era demasiado tarde para dar la vuelta y regresar por donde había venido, pero el familiar olor del hogar acarició mis sentidos impidiéndome marchar. A tientas, busqué el interruptor para encender la luz al tiempo que cerraba la puerta introduciéndome en el interior de la casa.

«Hogar, dulce hogar», pensé apenada cuando se iluminó la estancia.

Dejé el bolso, la chaqueta y la bufanda colgados en un perchero de pared que había junto a la puerta. Todo estaba igual que cuando me había marchado. Dirigí mis pasos hacia la cocina con la intención de prepararme alguna infusión con la que entrar en calor. Me había quedado helada durante el trayecto. Una tila o algo así no me vendría mal. Cogí una taza del armario, le puse agua y la introduje en el microondas. Mientras se calentaba observé que había un par de vasos en el fregadero. Los metí en el lavavajillas, el cual estaba a medio llenar, con platos sucios de la última noche en que cené en casa antes de salir corriendo para no volver más.

El microondas pitó. Saqué la taza de agua hirviendo, le introduje un par de bolsitas de tila y me dirigí al salón. Me senté en la *chaise longue*, junto a la cristalera que daba al jardín. Era mi lugar favorito en invierno. Desde allí podía verse el frondoso jardín y la enorme piscina. Pasaba horas y horas allí tumbada leyendo. Ahora estaba totalmente a oscuras, tan solo las luces de la piscina estaban encendidas.

Un fuerte golpe se oyó en el piso de arriba haciéndome derramar parte del contenido de la taza del susto. Miré hacia arriba con el corazón martilleando dentro del pecho. Dejé la taza en una mesita que había cerca del sillón y me dirigí hacia las escaleras que llevaban a la segunda planta. Encendí la luz de las escaleras y procedí a subir las haciendo el menor ruido posible. Me sentí tan estúpida que por un momento paré en medio de las escaleras. Qué más daba si hacía o no ruido, si acababa de encender la luz. Si había alguien arriba sabría perfectamente que yo estaba abajo y que al oír el ruido subiría, así que continué subiéndolas, esta vez sin preocuparme de si mis pisadas sonaban o no.

Todo estaba en orden en la planta superior. Allí estaban las habitaciones, un par de baños, el despacho de mi padre y mi estudio de pintura. Hice un rápido recorrido para comprobar que todo estuviera cerrado a la calle. Cuando llegué al estudio de mi padre observé un grueso volumen en el suelo. Me agaché a cogerlo, era un álbum de fotos. Miré el mueble que había justo al lado, era el último, o el primero, según se mirara, de una pila de álbumes y libros que se apoyaban unos en otros. Había debido de caerse por su propio peso. Abrí la portada mientras lo llevaba a su sitio. Eran fotos de familia, la primera página reveló dos fotos. En la primera, aparecía yo con dos o tres años subida a la espalda de mi padre, en la siguiente le tiraba de las orejas como si fuera un oso de peluche.

Dos lagrimones cayeron sobre las fotos.

Los limpié con la manga del vestido antes de cerrarlo suavemente como si se tratara de un delicado códice. Otras lágrimas siguieron a las anteriores y ya no pude parar; no quise parar. Me abracé al álbum como si fuese lo más preciado para mí y lloré.

Lloré desconsoladamente por la reciente pérdida que hacía sangrar mi corazón, consciente por primera vez de que ya nunca le volvería a ver. Ese pensamiento me desgarró el pecho dolorosamente antes de que un desconsolado sollozo saliera de lo más profundo de mi ser.

Estaba sola.

Totalmente sola.

Mi padre había sido hijo único, y los padres de él habían fallecido hacía muchos años. Mi madre había muerto al yo nacer, y su familia no había querido conocerme, mi

padre simplemente no hablaba de ellos. Tan solo sabía que eran franceses, de aquí mi peculiar nombre.

Sin familia, sin trabajo, sin rumbo.

Me sentía tan desgraciada que no tuve ánimos para levantarme, de modo que seguí llorando ahogándome en mi propia pena.

Un rato después, cuando ya no me quedaban más lágrimas que derramar, coloqué el álbum en su sitio y me dirigí a la habitación de mi padre. Me senté en la amplia cama y observé las fotos de las mesitas. En todas salía yo. Mi padre me adoraba, del mismo modo que yo a él.

Nuevas lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos. Me estiré abrazando la almohada. El olor a él era tan abrumador que daba la sensación de que estaba a mi lado. Con ese único pensamiento me quedé dormida sintiéndome reconfortada por primera vez en mucho tiempo.

Capítulo 4

Me costaba respirar.

Me llevaban a cuestas como si fuera saco de patatas. Mi cabeza iba golpeando la musculosa espalda de alguien.

Me sentía aturdida.

Un fuerte dolor me taladraba la cabeza. Mis miembros entumecidos protestaban ante las sacudidas recibidas. El olor a tierra mojada se introdujo en mis fosas nasales. Ningún sonido a mi alrededor, tan solo las pisadas sobre la tierra húmeda y la hierba.

Me habían golpeado. Eso podría explicar el fuerte dolor de cabeza. Había estado inconsciente y comenzaba a recuperar el conocimiento.

Un búho ululó en algún punto cerca de donde me encontraba. Empecé a forcejear. Por lo menos no pensaba ponérselo fácil.

Recibí un fuerte golpe en el trasero a modo de respuesta que me dejó sumamente dolorida. Miré a mi alrededor como pude. Estaba en un bosque o algo parecido y era noche cerrada.

El sonido de las pisadas cambió.

Miré hacia abajo aterrorizada. Agua.

Mi agresor se estaba metiendo en una especie de lago o pantano, o lo que fuera aquello. El pánico se apoderó de mí. Forcejeé con más fuerza, tenía que liberarme como fuera.

El tipo que me llevaba a cuestas me soltó de golpe. Sentí cómo me hundía en el agua gélida, el frío me golpeó dejándome sin respiración. Salí a la superficie buscando aire con el que llenar los pulmones. Intenté ponerme en pie, el agua no me llegaba ni a la cintura, pero mi agresor no me lo permitió; me agarró del cuello y me hundió de nuevo en el agua helada.

Me dolía el cuerpo del frío.

Pateé con todas las fuerzas que pude reunir al hombre que pretendía ahogarme. Eso me dio la oportunidad de salir de nuevo a coger aire. El hombre me cogió del pelo y

volvió a sumergirme nuevamente. Busqué sus manos e intenté soltarme agarrando y arañando sus dedos.

Era demasiado fuerte.

Pataleé a sabiendas que me iba la vida en ello. Necesitaba aire, los pulmones me empezaban a arder. Decidí probar otra estrategia: poner los pies en el fondo para incorporarme y respirar, pero el tipo me lo impidió golpeándome violentamente en la espalda.

Caí de nuevo impotente.

Poco a poco dejé de luchar, ya no me quedaban fuerzas.

De repente mi ángulo de visión cambió. Podía ver la escena que estaba ocurriendo en el agua como si aquello fuera ahora una película. Un cuerpo grande y fuerte mantenía sumergido otro mucho más pequeño. Hacía unos segundos que había dejado de luchar, unas convulsiones sacudieron el pequeño cuerpo, signo de que el oxígeno había dejado de llegar al cerebro y el corazón finamente había dejado de latir.

El hombre la soltó. Había cumplido con su cometido.

No podía ver bien sus rasgos, pero sí el de la víctima.

Era una mujer.

Observé su cuerpo que yacía inerte en el agua y que comenzaba a hundirse. El negro cabello se ondulaba a su alrededor como algas a la deriva; su rostro era pálido como el blanco vestido que portaba y las pestañas muy largas.

Sus ojos se abrieron de golpe y me miraron fijamente.

El susto fue tan grande que me incorporé a medias intentando introducir aire en los pulmones. Me llevé la mano a la garganta como hacía siempre. Miré desorientada a mi alrededor, no estaba en casa de Judit. Poco a poco mi cerebro fue reconociendo los detalles de la habitación en la que me encontraba.

Otra vez el mismo sueño, solo que más completo.

Hasta ahora sentía cómo luchaba por salir a la superficie. Esta vez había ido mucho más allá. Después de muchas noches luchando por respirar finalmente había perdido la batalla, todo había acabado, pero lo más desconcertante era que no solamente había vivido cómo me ahogaban sino que una vez muerta había podido ver el rostro del cuerpo inerte.

Era yo.

Había sido tan vívido que más parecía un recuerdo reciente que un sueño.

El sonido del agua continuaba en mi cabeza. Me había acostado con zapatos y todo. Estaba aterida de frío, ni siquiera me había metido dentro del edredón. Miré el reloj digital de la mesita de noche; marcaba la una y veinte.

Busqué a tientas el interruptor de la lámpara de la mesita. Todo quedó iluminado tenuemente en un momento. Hice el ademán de levantarme cuando me di cuenta de que el sonido del agua cayendo no era un mero recuerdo del espantoso sueño vivido.

Venía del baño.

¿Me había dejado el grifo abierto? Ni siquiera había ido al baño, y ese grifo no era precisamente el del lavabo.

Era de la ducha.

Me levanté de la cama y me dirigí lentamente al baño del que procedía el sonido. No era el de la habitación de mi padre, era el que había justo al lado de su despacho.

«Genial. Ahora estoy haciendo justo lo que hacen en las películas de terror antes de que los maten —pensé—. Justo lo que no se debe hacer, lo que piensas que nunca harías.»

Con el corazón desbocado y la sangre latiendo en mis sienes empujé la puerta del baño, que estaba entornada. No recordaba que estuviera así cuando había pasado aquella tarde por cada una de las habitaciones. Apenas se podía ver, estaba totalmente llena de vaho. Abrí la puerta de par en par para que saliera hacia fuera y se despejara un poco.

Allí no había nadie.

Miré la ducha; estaba abierta y con el grifo del agua caliente a máxima potencia. Lo cerré intentando mojarme lo mínimo posible.

Miré a mi alrededor.

Nada. Allí no había nada, ni nadie.

—¿Qué me está pasando? —me pregunté en voz alta.

Me senté en la taza del váter, los codos apoyados en las rodillas y las manos en la cara. Me sentía agotada, física y mentalmente. ¿Qué significaba ese maldito sueño?, ¿era premonitorio?, ¿iba a morir ahogada?, ¿o tal vez había pasado en otra vida?

De nuevo se oyó un golpe en la habitación de al lado. A punto estuve de caerme de donde me encontraba sentada.

Mi corazón amenazaba con estallar.

Miré al frente. Me quedé petrificada. Ya no solamente notaba las pulsaciones de mi acelerado corazón; ahora también podía oírlas.

En el ancho espejo del baño había un mensaje:

«Amy, ayúdanos»

Lo leí con ojos desorbitados. Toda mi piel se erizó. La temperatura del baño había descendido precipitadamente. Sentí un frío glacial a mi alrededor, como si hubiera dejado una ventana abierta de par en par en medio de una gélida noche.

Salí trastabillando del baño. De camino hacia las escaleras pasé por el despacho de mi padre. Algo no me cuadró.

Retrocedí sobre mis pasos para ver de qué se trataba.

Me apoyé en el marco de la puerta con una mano. El grueso álbum de fotos volvía a estar en el suelo. Ese debía de haber sido el golpe que había escuchado desde el baño. Lo cogí de nuevo para colocarlo encima de la mesa.

—Esta vez no vas a moverte de ahí —ordené al libro—. Estupendo, ahora hablo con objetos —pensé en voz alta.

Me llevé una mano al rostro, me sentía confusa.

Tenía que salir de aquella casa. Analizar lo que había sucedido desde otra perspectiva, necesitaba contárselo a alguien. Pero ¿a quién? Pensarían que estaba loca.

Con ese pensamiento en la cabeza me dirigí a la planta inferior apresuradamente. Me puse la chaqueta, la bufanda y me colgué el bolso. Conecté la alarma y salí al exterior de la vivienda. El frío de la noche hibernal era menor que el que acababa de sentir hacía unos minutos en el baño mientras leía el espejo. Saqué la moto por la puerta automática con el casco ya preparado. En cuanto esta se cerró subí a la Vespa y me dirigí a casa de mi amiga a toda velocidad.

No había ni un alma a aquellas horas intempestivas.

Enfilé la calle hacia abajo, callejeé por Sarrià dirección Vía Augusta y de ahí hacia el centro de la ciudad.

Necesitaba pensar. Me acababan de asesinar en un sueño y un fantasma me había dejado un mensaje pidiendo ayuda. Y creía que había tocado fondo un par de días atrás cuando me echaron del estúpido trabajo.

El destino estaba jugando conmigo, y estaba claro quién iba perdiendo.

Capítulo 5

No había podido pegar ojo en toda la noche. Por la mañana había salido mucho antes de que Judit se levantara dejándole una nota en la que le decía que estaba bien y que había tenido que salir antes. Conociéndola como la conocía no habría parado hasta sacarme el último aliento. La cara que lucía aquella mañana era como un libro abierto, habría notado que algo no iba bien.

La noche sin dormir comenzaba a pasarme factura. Tan solo me quedaban dos días de trabajo en la escuela. El equipo directivo había decidido que no se lo comunicara a los alumnos hasta el último momento. Sabían que el viejo profesor no era muy querido entre los chavales debido a sus métodos de enseñanza un tanto a la antigua usanza. Temían algún tipo de iniciativa para exigir que me quedara, así que era mejor el factor sorpresa. Estaba cansada. Poco me importaba ya si me quedaba o me largaba. Lo sucedido la noche anterior me tenía completamente absorta.

Hacer una clase de dibujo técnico para un grupo de tercero de la ESO con la cabeza puesta en el mensaje del espejo que imploraba mi ayuda fue realmente toda una proeza.

Había decidido que en cuanto acabara las clases me iría directa a casa. A mi casa. Necesitaba saber. La noche anterior había huido aterrorizada, más por el hecho de pensar que me estaba volviendo loca que por lo inexplicable de todo aquello. Ahora, habiendo puesto distancia a lo sucedido, comenzaba a verlo desde otra perspectiva. No creía posible habérmelo imaginado, era demasiado real; aunque, por otra parte, el sueño también lo era y no estaba ahogada en un lago, al menos no de momento, ¿y si estaban relacionados? No. No tenía sentido. En realidad nada tenía sentido.

El esperado sonido del timbre anunció el fin de la clase. Recogí mis cosas y salí de la escuela apresuradamente, no tenía ganas de encontrarme con ninguno de mis compañeros para comentar lo penoso de mi situación laboral.

Los jueves no tenía clase por la tarde, así que me dirigí al aparcamiento donde tenía la moto con la única idea en mente de volver a mi casa.

El sonido seco de un tambor africano me indicó que me había llegado un mensaje por WhatsApp. Busqué el teléfono móvil dentro del bolso y leí:

«¿Estás enfadada conmigo?»

Inmediatamente otro mensaje:

«¿Comemos juntas?»

«Di que sí.»

Pensé en negarme pero necesitaba comer. Mi estómago rugió en aquel preciso instante tomando parte activa en la conversación mental que mantenía conmigo misma. Decidí que no era mala idea. Judit trabajaba no muy lejos de mi casa de modo que podíamos quedar por allí. No era cuestión de un par de horas.

«Ok», contesté.

«¿Donde siempre?»

Quince minutos más tarde, entraba por la puerta de un restaurante japonés donde solíamos ir a comer juntas. Nos chiflaba aquel tipo de cocina. Judit había llegado antes y me esperaba sentada en la mesa del rincón. Siempre pedíamos la misma mesa, nos daba mayor intimidad para hablar de nuestras cosas. Me desprendí de la ropa de abrigo y del bolso, y lo coloqué en la silla situada al lado de la que iba a ocupar. Judit me miraba con una sonrisa en los labios.

—Anoche te lo tomaste con calma —comentó interesada.

Me senté en la silla que había justo enfrente de la de Judit al tiempo que le lanzaba una mirada de irritación.

—Me he tomado la libertad de pedir, así nos sirven antes —anunció despreocupada cambiando de tema.

—Eres igual que un novio de esos que no te dejan ni tener iniciativa propia.

Judit silbó.

—¿Tan mal fue? —inquirió mudando la expresión del rostro al modo preocupado y, tal vez, culpable.

Una pequeña camarera de rasgos orientales trajo los platos que había pedido Judit. Colocó una fuente que contenía *sushis* y *makis* en el centro de la mesa. Un plato, enfrente de mi amiga, de arroz frito con verduras y gambas. Y otro para mí de fideos de arroz con sepia a la plancha, verduras y setas. A continuación trajo una botella de vino blanco y lo sirvió en las copas que había en la mesa. Después de preguntar si estaba todo bien, se retiró con una simpática sonrisa de oreja a oreja.

—Aunque pensándolo bien, si fueras mi tipo no te dejaría escapar —admití al tiempo que me deleitaba con los humeantes platos que había sobre la mesa—. Una lástima.

—Soy un buen partido —respondió guiñándome el ojo.

Ambas reímos y comenzamos a dar cuenta del contenido de los platos. No podía haber amigas más diferentes que nosotras. Cualquier observador podría darse cuenta a simple vista. Judit parecía una modelo de alta costura, siempre iba a la última cuidando hasta el último detalle de su aspecto. En cambio, yo era más desenfadada, en todos los sentidos. Tanto me daba lo que opinaran los demás. Aquello no quería decir que no me gustara la ropa, todo lo contrario. Era una artista y eso incluía a mi propia persona, pero con un estilo un tanto más personal que el de mi amiga.

—¿Vas a contármelo?

Moví la cabeza en un gesto de indiferencia.

—Marc me dejó.

Judit abrió los ojos de par en par.

Asentí.

—Me dio un ultimátum: o todo o nada —añadí cogiendo la copa de vino y vaciando su contenido de un trago.

—Y le dijiste que todo no —adivinó Judit.

Asentí de nuevo. No me sentía cómoda con la conversación. Era demasiado reciente y, aunque no sentía nada romántico por él, era mi amigo. Las cosas no iban a volver a ser como antes y eso me entristecía enormemente.

Pasamos a hablar de cosas más triviales mientras comíamos hasta que ya no pude más y exploté soltando la frase que tantas ganas tenía de decirle a mi amiga desde que me había levantando aquella mañana:

—Ayer estuve en mi casa —anuncié mirándola con intención.

—¿En serio? —preguntó curiosa—. ¿Y?

—Pues... —empecé a decir. No sabía qué parte contarle. Miré mi plato medio vacío, de repente ya no tenía hambre. Cogí aire y lo solté con un gesto de derrota. Necesitaba contárselo, pero ¿por dónde empezar?

Judit levantó una ceja inquisidora. Apartó su plato vacío y cruzó los brazos, inclinándose hacia adelante, lista para escuchar mi confesión.

—Verás, no sé cómo explicarte esto. Ni siquiera sé si quiero contártelo, pero necesito tu opinión, y no la profesional. —Judit arrugó la frente extrañada—. Me desahugué. Hice como me dijiste, y después de eso me dormí en su cama. Entonces, volví a tener el maldito sueño, solo que esta vez fue más real. Vi cómo alguien me llevaba a cuestas hacia un lago y me ahogaba. Yo intentaba liberarme, pero él era más fuerte. Me faltaba el aire. Fue horrible.

—¿Y dices que siempre es el mismo?, ¿mismo lugar, mismo atacante?

—Sí. Primero unas pocas imágenes sin sentido, poco a poco se ha ido haciendo más revelador —dije pasándome una mano por la frente con gesto cansado—. Esta vez, además, vi mi rostro después de que me matara. Allí estaba yo, hundiéndome en el agua.

—Desde luego es siniestro.

—Eso no es todo —añadí mirando a mi amiga a los ojos—. Cuando me desperté, el grifo de la ducha estaba abierto. Te juro que yo no lo encendí, ni siquiera había entrado en el baño. Y entonces vi un mensaje en el espejo del lavabo.

Las cejas de Judit estaban a punto de juntarse con el nacimiento de su cabello.

—No te estás quedando conmigo, ¿verdad? —Negué con la cabeza—. Qué decía el mensaje?

—Me pedían ayuda. Exactamente decía: «Amy, ayúdanos».

Mi amiga se frotó los brazos con las manos en un intento de ahuyentar el repelús que le producía la imagen del espejo con el mensaje escrito.

En ese momento apareció la camarera que tras pedir permiso procedió a retirar los platos de la mesa. Preguntó si queríamos postre o alguna cosa más. Judit pidió un café solo y yo un té verde. A los pocos instantes regresó con lo que habíamos pedido, lo colocó sobre la mesa y se marchó de nuevo sonriente. Judit vertió el contenido del sobre de azúcar en el café pensativa.

—¿Estás segura de que no estabas soñando aún?

—Estaba bien despierta.

—¿Y si te lo has imaginado?

—Pues no sé, hubiera preferido imaginarme otras cosas. Que él se me aparecía y me hablaba; que me explicaba cómo le iba en el más allá y que se despedía de mí; y no un puto mensaje de vete a saber quién, que me pide ayuda —repliqué sintiéndome estúpida por habérselo contado, nadie en su sano juicio creería semejante historia—. No sé por qué te lo cuento, sabía que no me ibas a creer. No te culpo, supongo que yo tampoco lo hubiese hecho.

—No he dicho que no te crea. No dudo de ti, es solo que a veces nos suceden cosas que percibimos de forma diferente a lo que en realidad son.

—O sea que me lo he imaginado.

—No es eso... No sé. La verdad es que no sé qué decirte. Reconoce que es raro.

—¿Raro? Es demencial. Voy a ir otra vez. Ayer con las prisas por salir de allí no cogí ropa, ni mis pinturas; ni mi cuaderno de dibujo y demás cosas que me puedan hacer falta mientras decido qué hacer.

—Sabes que te puedes quedar en mi casa el tiempo que quieras. De hecho me encanta que vivamos juntas. Le das una chispa a mi día a día, nunca sé con qué vas a sorprenderme de nuevo, pero después de tantos años lo sigues haciendo —explicó poniendo su mano sobre mi brazo.

—Soy genial, lo sé —dije al tiempo que le guiñaba un ojo provocando una sonora carcajada de su parte.

Pagamos la cuenta a la camarera y salimos del restaurante. El sol de la tarde nos acarició el rostro nada más poner un pie en la calle. Después de hacer entender a Judit que no era necesario que me acompañara, nos despedimos hasta la noche, momento en el que volveríamos a vernos en casa.

De nuevo en mi casa, inspeccioné las habitaciones de arriba. Me había dejado algunas luces encendidas en mis prisas por salir de allí la noche anterior.

Entré en mi habitación. Todo estaba tal cual lo había dejado hacía un mes. Necesitaba llevarme ropa. Abrí el vestidor y cogí una maleta más decente que la bolsa de viaje que había llevado a casa de mi amiga hacía ya unas semanas. El problema era cómo llevarla hasta allí. La moto quedaba totalmente descartada. Estudié las posibilidades. Si cogía mi coche sería toda una odisea pues en el centro, donde vivía Judit, era imposible aparcar. Tendría que dejar la maleta y volver a por el coche para

traerlo de nuevo a casa. La otra opción era llamar un taxi, pero entonces tendría que dejar la moto, o decirle al taxi que llevara la maleta mientras yo iba detrás con la moto. Menudo lío. Volví a meterla en el armario siendo consciente de que si de verdad quería llevarla a casa de Judit necesitaría su ayuda. Lo que sí hice fue hacerme con un gran bolso; metí en él las cuatro cosas que más echaba en falta, así como mi cuaderno de dibujos y los lápices. Más tarde me desahogaría con él.

Entré con cierta reticencia al baño en el que había encontrado el mensaje del espejo la madrugada anterior. Lo observé detenidamente por si quedaba alguna señal de lo que había leído aquella misma madrugada.

Nada.

Como si no hubiera sucedido. Como si hubiese sido producto de mi imaginación tal como había sugerido Judit. Tal vez fue parte del sueño, o puede que simplemente me estuviera volviendo paranoica. Cuanto más pensaba en ello, más absurdo me parecía. Simplemente aquello no ocurría. ¿Quién iba a escribirme un mensaje? Por un momento pensé en mi padre. Sería lo lógico, ¿no? Aun cuando todo aquello era absolutamente descabellado, podría tener cierto sentido que fuera él quien quisiera comunicarse conmigo. Pensar en ello me produjo cierto consuelo. Me agradaba la idea de que aquello fuera posible. Hablar al menos una última vez con él. Asegurarme de que estaba bien allá donde estuviera, decirle que le echaba de menos y despedirme de él.

Hice una reconstrucción mental de lo sucedido aquella misma madrugada paso a paso. Me senté en la taza del váter como había hecho la vez anterior. Apoyé la espalda en la cisterna, levanté las piernas apoyando los pies en la taza y me abracé las rodillas. Había una cosa que no me cuadraba. Aquel mensaje decía ayúdanos, no ayúdame. Entonces no podía ser mi padre. No tenía sentido. Lo cierto es que no era muy alentador, prefería que fueran otros y no mi padre quienes me escribieran aquello. Apoyé la cabeza sobre las rodillas. Por un lado eso me entristeció pero, por otro, pensé que era mejor que estuviera donde tuviese que estar, tal y como hacía todo el mundo, siguiendo el curso natural de las cosas. En las películas, siempre que había un fantasma que se comunicaba con los vivos era porque tenía alguna cuenta pendiente. Aquel hilo de pensamientos estaba empezando a producirme un intenso dolor de cabeza.

Un fuerte golpe me sacó de mis cavilaciones haciendo que mi cabeza saltara de donde la tenía apoyada. Mi corazón se aceleró dentro del pecho. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Sabía perfectamente de dónde provenía aquel ruido.

Me dirigí con paso inseguro al despacho de mi padre. Advertí que mis manos temblaban cuando me agarré al marco de la puerta antes de sacar la cabeza por el umbral de la habitación.

—Joder.

Me llevé las manos a la boca, más por lo inverosímil de la situación que por la imprecación que acababa de dejar escapar por ella. El grueso álbum de fotos volvía a estar en el suelo, pero esta vez no había caído del mueble por su propio peso, como las anteriores veces. De eso estaba segura puesto que unas horas atrás lo había colocado encima de la mesa para que dejara de caer dándome aquellos sustos.

La habitación estaba helada. Instintivamente miré las ventanas: estaban cerradas.

Me agaché al lado del álbum y lo abrí. Pasé sus páginas una a una analizando cada detalle. Había algo en aquel viejo tocho que querían que descubriera. Era curioso, pero nunca lo había tenido en mis manos pese a que no estaba especialmente escondido. Su contenido eran fotos mías de cuando era pequeña: con mi padre, mis amigas o en alguna fiesta del colegio. Lo revisé de arriba a abajo un par de veces sin encontrar nada que me llamara especialmente la atención.

—Ni si quiera sé lo que estoy buscando —señalé frustrada.

Me senté de manera más cómoda en el suelo con las piernas cruzadas. Apoyé los codos a los lados de las rodillas y me sujeté la cabeza con las manos. Miré el grueso álbum pensativa como si esperara alguna respuesta por parte de él. No estaba en el suelo por accidente. Había algo ahí que el fantasma quería que descubriera, pero ¿qué? Mi cerebro funcionaba a toda velocidad.

«¿Y si no son las fotos?», me pregunté.

Cogí de nuevo el tomo con las dos manos y lo inspeccioné con una nueva óptica. Las páginas eran todas iguales, tenían un film transparente que se abría para poder enganchar la foto en la parte de dentro. Nada fuera de lo normal. La portada y la contraportada eran de cartón forrado en papel, un papel muy bonito por cierto. Me centré en ambas y al instante advertí que esta última era un poco más gruesa que la portada. Todas las alarmas de mi cerebro se dispararon. Con el corazón acelerado arranqué el papel de la tapa del álbum. Nada. Arranqué, entonces, el papel de la contraportada. Fue algo dificultoso pues estaba bien enganchado. Con ojos desorbitados observé cómo tras el grueso papel había una llave pegada al cartón de la cubierta: era

pequeña. La arranqué como pude y la estudié detenidamente. Era una llave del tipo que se usan en los candados, cajas fuertes o cajones.

Miré a mi alrededor. Las paredes de la habitación estaban revestidas de estanterías repletas de libros. Un amplio ventanal ocupaba la mayor parte de la pared que quedaba justo frente a la entrada y delante, una gran mesa de madera maciza que hacía de escritorio, donde mi padre se pasaba la mayor parte del tiempo que no estaba en la oficina.

Me dirigí hacia los cajones que había bajo la mesa de despacho. Tenían cerradura, pero ninguno estaba cerrado con llave. Fui probándola en cada uno de ellos, pero no hacía juego. Miré entonces a ambos lados de la habitación. Algunas de las estanterías tenían puertas o cajones en la parte inferior. Fue entonces cuando un pensamiento cruzó por mi mente como un rauda relámpago que ilumina el cielo en una noche de tormenta. El libro había aparecido las tres veces al lado de un cajón concreto. Cierto que dos de las tres veces había caído justo ahí porque venía de unos estantes más arriba, pero la tercera vez venía de la mesa, la cual estaba a unos metros de allí. Me acerqué con el corazón en la boca. Metí la llave en el interior de la cerradura del cajón y la giré hasta escuchar un suave *click*; entonces, el cajón cedió y lo abrí lentamente para poder revelar su misterioso contenido.

Dentro había una caja rectangular bastante grande. La extraje con sumo cuidado y la coloqué en el suelo. Me arrodillé frente a ella al tiempo que la contemplaba expectante. Retiré la cubierta y examiné su interior. Lo primero que encontré fue una prenda de ropa muy bien doblada. La saqué para analizarla mejor, se trataba de un viejo jersey de mujer. Bajo él había una serie de objetos. Dejé la prenda en el suelo, a un lado de la caja. Un paquete de cartas atadas con un lazo, una caja que contenía fotos y un pañuelo negro que parecía envolver algún otro objeto: eso era todo.

Miré extrañada las cartas, no tenían remitente, pero los sellos eran de Francia. Mi cerebro empezó a funcionar a toda velocidad como accionado por el engranaje de una máquina para organizar las piezas del rompecabezas que tenía delante, antes incluso de que pudiera asimilar de qué se trataba. Las cartas estaban fechadas según los sellos desde los años ochenta. La más reciente la había recibido aquel mismo año. Mi padre llevaba más de dos décadas recibiendo cartas desde algún punto del país vecino: ninguna de ellas estaba abierta. Nunca habían sido leídas. Abrí la que tenía la fecha más antigua, pensé que mejor empezar por el principio. Decía así:

Querido Armand,

Tu marcha fue muy precipitada. Los sucesos de aquella noche nos sobrepasaron a todos. Entiendo que no quieras volver a saber de nosotros, pero comprende que eso no puede hacerse extensivo a la hija de Julie. No puedes negarle a su familia. Ella una de las nuestras. Tú más que nadie sabes lo que eso significa. Te ruego que recapacites para que podamos llegar a algún tipo de acuerdo.

Agnes

Releí aquellas palabras un par de veces sin comprender. La carta iba dirigida a mi padre por una tal Agnes: hasta ahí todo bien. La hija de Julie debía de ser yo. Mi padre me había explicado en alguna de las pocas ocasiones en que había hablado del tema que la familia de mi madre había roto la relación con su hija porque lo había elegido a él y se había venido a Barcelona a vivir. Abrí otra de las cartas, esta estaba fechada unos años más tarde. Me había dejado un par sin leer entremedio. Decía:

Querido Armand,

Te suplicamos que recapitules tu errónea decisión. No puedes mantenerla apartada de nosotros. Lo sabes. Eres un buen hombre y un mejor padre, pero no puedes culparnos por lo que otros hicieron. Recuerda que también somos víctimas del horror, igual que tú. Amy es una niña muy lista, igual que su madre. Tenemos nuestros propios métodos para saber de ella, comprenderás que es necesario. No podrás mantenerla apartada de esto por siempre. No la prives de su verdadera naturaleza.

Agnes

La música de mi teléfono móvil sonando desde la habitación de al lado me sobresaltó. No tenía fuerzas para levantarme a cogerlo de modo que la canción

«Oceans» de Evanescence que tenía por señal de llamada fue sonando tal que si tuviera la radio puesta. Resoplé al oír la frase de la canción que decía «*I think i finally understand to be lost*», como si mi propio móvil se estuviera riendo de mí. El que alguien eligiera aquel preciso instante para llamarme era, cuanto menos, curioso, pero además siguió: «*Can't keep pretending everithing's gonna be alright. With the word whole falling around me...*», como si me leyera los pensamientos. «Qué mierda significa todo esto», pensé a la vez que observaba las cartas y el contenido de la caja.

Dejé a un lado el resto de cartas sin abrir. Saqué las fotos que había en una pequeña caja: no eran muchas. En ellas se veía a mi padre bastante joven, debía de tener mi edad aproximada cuando se las hizo. A su lado una mujer. Me quedé paralizada ante la visión de aquella imagen; la toqué cariñosamente con dedos temblorosos. Una gruesa lágrima se deslizó por mi mejilla. No me cabía la menor duda de que se trataba de mi madre: era igual que yo. Una profunda tristeza me embargó como si de repente fuera consciente de todo cuanto me había sido arrebatado. Nunca antes había visto una imagen de ella. Mi padre me había privado de aquellas fotos y a saber de qué más.

—¿Por qué? —pregunté en voz alta a la figura de mi padre en la foto.

Eché un vistazo al resto de fotos, fotos de ellos dos. En muchas de ellas mi madre aparecía en un estado de embarazo visiblemente avanzado. Un pequeño tesoro que mi padre no había querido compartir conmigo, ¿por qué?

El móvil volvió a sonar de nuevo. Esta vez me levanté a cogerlo. Miré en la pantalla de quién se trataba: era Judit.

—Dime —respondí.

—¿Dónde estás?

—Sigo en mi casa.

—¿Sabes qué hora es? Dijiste que vendrías a cenar.

Miré mi reloj de pulsera, marcaba las 21:05 p.m.

—Mierda. No me había dado cuenta de que llevaba tanto rato aquí.

—¿Va todo bien?

—Pues la verdad es que no. Recojo las cosas y voy para allá. Verás cuando te cuente.

—Vale. No tardes.

Colgué el teléfono y lo metí en el bolso. Cogí el otro bolso grande que había preparado con algunas cosas para llevarme a casa de Judit y salí de la habitación apagando la luz. Cogí el paquete de cartas del despacho, también las fotos y el jersey. Al levantarme vislumbré dentro de la caja el pañuelo negro que había visto antes. Estaba cuidadosamente doblado, como formando un pequeño paquete. Lo cogí con cuidado y colocándolo sobre la gran mesa de madera lo desdoblé expectante. Un precioso medallón apareció en el interior de aquel hatillo negro de seda: parecía muy antiguo. Estaba formado por una larga cadena de plata y un magnífico colgante del mismo metal. Este último estaba elaboradamente trabajado. Unos intrincados nudos engarzaban un grueso trozo de ámbar. Era increíblemente hermoso. Lo coloqué de nuevo entre los pliegues del sedoso pañuelo con reverencia y lo introduje con mucho cuidado en el bolso.

Necesitaba airearme para poder pensar y entender por qué mi padre me había ocultado toda aquella información; por qué me mantenía alejada de aquellas personas y por qué me reclamaban de forma tan insistente.